

PEKKA HÄMÄLÄINEN



PENÍNSULA HUELLAS

El imperio comanche

Pekka Hämäläinen

Traducción de Ricardo García

ediciones península

Título original: *The Comanche Empire*

© Yale University, 2008

Publicado originalmente por Yale University Press

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2011

Primera edición en este formato: octubre de 2018

© de la traducción del inglés: Ricardo García Pérez, 2011

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespensula@planeta.es

www.edicionespensula.com

VICTOR IGUAL - fotocomposición

ROMANYÀ-VALLS - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-18.837 - 2018

ISBN: 978-84-9942-733-1

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción: Colonialismo invertido	11
1. Conquista	35
2. El nuevo orden	105
3. El abrazo	161
4. El imperio de las llanuras	209
5. La Gran Comanchería	263
6. Hijos del sol	345
7. Hambre	417
8. Colapso	459
Conclusión: La forma del poder	487
Lista de abreviaturas	515
Notas	517
Bibliografía	645
Índice analítico	683

CONQUISTA

Llegaron procedentes de las llanuras del Oeste, introduciéndose en pequeños grupos errantes entre los pasos montañosos de la cordillera Sangre de Cristo. Como tantos otros grupos indígenas de la época, los numunu o comanches se trasladaron a las llanuras continentales en busca de oportunidades, para construir una forma de vida nueva en torno a la terna ecológica emergente compuesta por praderas, bisontes y caballos. Eran un número reducido, poseían poco más que un puñado de monturas y parecían indiscernibles de sus aliados más destacados, los ute. Las autoridades españolas de Nuevo México repararon en su llegada a las praderas meridionales en 1706 y lo anotaron como un suceso irrelevante. Pero, a mediados de ese mismo siglo, habían desquiciado el mundo en el que habían ingresado de forma casi inadvertida.

Pese a sus orígenes humildes, el éxodo de los comanches a las llanuras meridionales es uno de los puntos de inflexión claves de los albores de la historia estadounidense. Fue una migración ordinaria que acabó convirtiéndose en un auténtico proyecto de colonización con repercusiones geopolíticas, económicas y culturales trascendentales. Desencadenó una guerra de medio siglo de duración con los apaches, que se tradujo en la reubicación de la Apachería, una entidad geopolítica por derecho propio, desde las praderas situadas al sur de río Grande, en el corazón mismo del norte de Nueva España. La invasión comanche de las llanuras meridionales fue, en pocas palabras, la campaña de conquista más larga y sangrienta que había presenciado el Oeste norteamericano, o que presenciara hasta la ocupación de Estados Unidos un siglo y medio después.

Pero la invasión comanche fue mucho más que una conquista militar. Mientras se hacían hueco en las llanuras, los comanches forjaron una serie de alianzas con las potencias indias y europeas adya-

centes, con lo que reorganizaron la geografía política y comercial de la totalidad de las tierras bajas del subcontinente. Visto desde otra perspectiva, la invasión comanche fue un experimento cultural de primer orden. Supuso la destrucción y muerte de muchos, pero también introdujo en las Grandes Llanuras un modo de vida nuevo y estimulante (especializado en la caza de bisontes a caballo) que alteró irremisiblemente los parámetros de la existencia humana en las inmensas praderas que cubrían la zona central de Norteamérica. Finalmente, la llegada de los comanches a las llanuras fue un suceso internacional de primera magnitud: marcó el comienzo de la prolongada decadencia del poder imperial español en lo que hoy día es el sudoeste de Estados Unidos. La conquista comanche de la zona meridional de las Grandes Llanuras marcó un hito que derribó a las civilizaciones existentes, recalibró los sistemas económicos y desencadenó una onda expansiva que se extendió por toda Norteamérica.

Pero los comanches no fueron el único pueblo expansionista del Sudoeste a principios del siglo XVIII; su aparición se solapó, chocó y, por último, se aprovechó de otras tres campañas de colonización avasalladoras. En 1716, tras varias tentativas fallidas de colonización, España puso los cimientos de un nuevo destacamento avanzado, Texas, situado en la orilla meridional de las Grandes Llanuras, con lo que se apoderó de un pellizco de las praderas situadas entre la nueva base colonial y su vieja homóloga de Nuevo México. El impulso expansionista era una reacción a otra iniciativa imperial. A caballo entre los siglos XVII y XVIII, Francia construyó una serie de fuertes en la bahía de Biloxi y junto al curso bajo del Misisipí, con lo que erigió un trampolín para lo que confiaba que acabara convirtiéndose en un gran imperio occidental que incluyera y trascendiera las llanuras.¹ Y, por último, mientras España y Francia pugnaban por tomar posiciones en torno a las llanuras meridionales, culminaba en las propias praderas una historia de conquista y colonización mucho más larga. Justo cuando se enfrentaban al ataque de los comanches, los apaches consolidaban el control sobre la totalidad de las praderas meridionales aniquilando y absorbiendo al mismo tiempo a los últimos miembros de la tribu jumano, una nación otrora poderosa de cazadores y comerciantes que desapareció de los documentos históricos en 1715.

Los comanches aparecieron en este universo multipolar, volátil y violento, en cuya inestabilidad encontraron, al mismo tiempo, pruebas duras y grandes posibilidades. Padecieron la escalada de desórdenes, lo cual complicó la adaptación a su nuevo hogar, y tuvieron que enfrentarse con frecuencia a más de un grupo de enemigos en unas fronteras en expansión. Pero las ventajas superaban con creces a los inconvenientes. La confluencia de varios proyectos colonizadores significaba que sus rivales solían preocuparse más por otras amenazas y, por tanto, eran incapaces de organizar una resistencia efectiva o, en caso contrario, estaban dispuestos a negociar y formar alianzas con los invasores. Los comanches también se aprovecharon de la rivalidad imperial entre Nueva España y Nueva Francia, pues enfrentaron a las dos potencias para arrancar concesiones de ambas. En su empeño por labrarse un espacio vital en un territorio desconocido, gozaron de la inestimable ventaja de invadir un entorno ya colonizado en el que los acuerdos territoriales fluctuaban. Y, por último, llegaron a las llanuras meridionales justo cuando la tecnología europea (caballos, armas de fuego y utensilios de hierro) empezaba a difundirse masivamente. En calidad de inmigrantes versados en adaptar sus costumbres a la variación de las condiciones, los comanches fueron capaces de utilizar el potencial de fuerza que confería la nueva tecnología de forma más completa que los indígenas rivales, que trataron de incorporar las innovaciones a un estilo de vida más consolidado y ligado a la tradición. Los comanches fueron invasores que se hicieron un sitio en las llanuras meridionales por la fuerza bruta, pero también grandes oportunistas que explotaron un caos que habían contribuido a provocar solo en parte.

Pese al gran alcance de su influencia, la invasión comanche de las llanuras meridionales nunca se ha estudiado de forma sistemática, y solo somos capaces de comprender vagamente sus batallas, protagonistas, puntos de inflexión e impulsos subyacentes. Los especialistas han tendido a esbozar la invasión con pinceladas gruesas e impresionistas, lo cual ha fomentado sin querer la imagen dieciochesca de que los comanches eran un pueblo belicoso y ansioso de tierras que avanzó al azar hasta encontrar los límites naturales de su expansión. En este capítulo me propongo mostrar, más bien, que la

conquista comanche de las llanuras meridionales fue un proceso largo y complejo que atravesó varias fases y se alimentó de diversas fuerzas, que incluyen desde los intereses geopolíticos y comerciales hasta las preocupaciones defensivas o la política de parentesco. Según la historiografía tradicional, el Oeste norteamericano en sus primeros tiempos estaba solo, aislado del Este del país debido a la ausencia de grandes intereses imperiales, batallas culminantes e historia diplomática. Las páginas que siguen dejan patente que estos elementos también estuvieron presentes en el Oeste norteamericano colonial.

Los comanches ingresaron en la historia escrita en 1706, cuando los habitantes del pueblo de Taos, situado en el rincón septentrional de Nuevo México, enviaron noticia al gobernador español de Santa Fe de que la aldea esperaba un ataque inminente de los indios ute y sus nuevos aliados, los comanches. Sin embargo, el ataque no se materializó y el informe, junto con el pueblo que introdujo en la historia escrita, se olvidó enseguida. Dos décadas después, cuando los comanches dejaron sentir su presencia en los territorios fronterizos del norte de Nuevo México como asaltantes atroces pero esquivos, las autoridades españolas se dedicaron a buscar con fervor información sobre ellos. Uno de esos altos cargos fue el brigadier Pedro de Rivera que, cuando inspeccionaba Nuevo México en 1726, trató de reunir información coherente de este pueblo «tan bárbaro como belicoso» cuyo «origen se ignora». Los comentarios de De Rivera, que solo ocupan unos cuantos renglones, constituyen la primera descripción etnográfica de los comanches, a quienes se presenta como un pueblo brutal, semidesnudo y cazador de esclavos que «siempre anda peregrinando y en forma de batalla por tener guerra en todas las naciones». De Rivera también supo, al parecer a través de un prisionero comanche, que sus antepasados habían iniciado el éxodo hacia la frontera de Nuevo México desde una tierra situada trescientas leguas al noroeste de Santa Fe. Estos datos situaban el lugar de origen de los comanches en la imaginación española en el legendario reino de Teguayo, un territorio de riquezas abundantes y cuna de los aztecas.²

El escueto informe de De Rivera guarda un parecido asombroso con las opiniones académicas modernas sobre el origen de los comanches. La mayoría de los especialistas actuales cree que los comanches forman parte de un pueblo de habla uto-azteca que, a principios del siglo xvi, ocupaba una gran extensión de territorio que abarcaba desde el norte de las Grandes Llanuras hasta el sur de la meseta de Columbia, adentrándose mucho en la zona central de Norteamérica. La supremacía uto-azteca fue consecuencia de dos grandes migraciones y conquistas iniciadas varios siglos antes. En algún momento de principios del segundo milenio, un gran número de hablantes uto-aztecas se desplazó hacia el sur desde un lugar al que denominaban Aztlán y los españoles conocían como Teguayo, situado en un lugar desconocido de los desiertos de la Gran Cuenca o del Sudoeste. Recorrieron el arco formado por las montañas Rocosas y la Sierra Madre para adentrarse en el valle de México, donde erigieron el inmenso imperio azteca que en 1500 presidía la mayor parte de América Central. Al mismo tiempo que los antepasados de los aztecas emigraban hacia el Sur, otra rama uto-azteca, el pueblo numic, abandonaba su núcleo territorial situado en el sur de Sierra Nevada y se desplazaba hacia el Este y el Norte. Una sequía insistente en el siglo xiii había desalojado grandes extensiones interiores del Oeste, lo que permitió a los numic expandirse hacia tierras desérticas. Avanzaron hacia el Este y el Nordeste hasta que, en torno al año 1500, dominaban gran parte del sur de la meseta de Columbia, el este de la Gran Cuenca y la zona central y septentrional de las Rocosas. La expansión numic fue encabezada por los shoshone, un pueblo emparentado con los comanches que llegó a ocupar gran parte del nordeste de la Gran Cuenca hasta el límite de las Grandes Llanuras.³

Poco a poco, los shoshone se establecieron y se adaptaron a los diversos entornos de la Gran Cuenca, las Rocosas y las Grandes Llanuras. Su existencia seguía un ciclo anual coreografiado con meticulosidad, que combinaba la caza y la pesca con la recolección intensiva. Pasaban la mayor parte del tiempo en las montañas y praderas de la zona semiárida de la Gran Cuenca, acampando junto a lagos y marismas; cazaban con arco y flecha berrendos, ciervos y muflones de las Rocosas; capturaban salmones en los ríos Snake y

Salmon; y recogían nueces, raíces y otros alimentos silvestres. En invierno, en todo caso, solían atravesar el Paso del Sur para llegar a la cara oriental de las Rocosas, donde en un surco profundo y bien irrigado producido por la erosión, entre las montañas y las praderas, encontraban infinidad de bisontes, alces y muchos otros grandes animales que cazar y una protección fabulosa contra el frío. Las migraciones estacionales llevaron a los shoshone hasta los márgenes de las llanuras pero, con toda probabilidad, no más allá. El periodo seco iniciado en el siglo XIII había sumido las abultadas manadas de bisontes en un declive pronunciado, lo que les disuadió de entrar. De hecho, la disminución de poblaciones animales fue tan drástica que la mayor parte de los pueblos de las llanuras había buscado refugio en las regiones limítrofes y utilizaba las praderas únicamente para la caza estacional.⁴

Los shoshone habían construido una cultura próspera y ecléctica que desmiente la imagen tradicional de que los pueblos de la Gran Cuenca llevaban una vida cruel y miserable; y sin embargo, en el transcurso del siglo XVI, abandonaron la zona y la sustituyeron por las Grandes Llanuras. Según parece, la migración vino desencadenada por un cambio climático, el comienzo de la Pequeña Edad de Hielo, que puso fin al largo periodo árido y produjo un descenso de la temperatura y un aumento de las precipitaciones. Cuando la persistencia de las lluvias volvió a nutrir las praderas y permitió que las maltrechas manadas de bisontes se recuperaran, los seres humanos empezaron a regresar; al principio, con cuentagotas y, luego, en masa. Lo que siguió fue una de las mayores migraciones de la historia de América del Norte. Los pueblos afluían desde las montañas Rocosas, los bosques septentrionales y el valle del Misisipí como absorbidos por el vacío, convirtiendo las llanuras en una aglomeración de rutas migratorias. La marea humana se componía sobre todo de grupos que habían vivido en la llanura antes de la gran sequía, pero algunos inmigrantes acudían allí por primera vez. Entre ellos estaban los shoshone.⁵

Apoyándose en una tradición centenaria de migración tramontana estacional, a principios del siglo XVII se filtró por el Paso del Sur un número cada vez mayor de shoshone rumbo a las praderas, lo que empujó a los kiowa y otras naciones indias hacia el Este, a la

región de las Black Hills [Colinas Negras]. A mediados de ese mismo siglo emergió una rama diferenciada de shoshone de las llanuras. Estos shoshone del Este, que ocupaban las llanuras noroccidentales situadas entre el río South Platte y el curso alto del Yellowstone, se transformaron en los típicos cazadores de las llanuras que amoldaron su dieta, su economía y su cultura a las costumbres de los bisontes. Eran nómadas que seguían a pie las migraciones de sus presas, acarreaban sus pertenencias en una especie de camillas o parihuelas llamadas *travois*, tirados por perros, y se resguardaban en tipis, las tiendas cónicas de piel, ligeras y fáciles de transportar. Cuando cazaban bisontes, o bien rodeaban a los animales para conducirlos a zonas con capas finas de hielo o de gran espesor de nieve, o los hacían huir hacia lugares con precipicios escarpados. Las cacerías colectivas absorbían mucho tiempo y energía y exigían una planificación minuciosa, pero el esfuerzo tenía por recompensa unos beneficios extraordinarios. El lugar conocido como Vore, una zona donde antes de que hubiera habido contacto con los euroamericanos se hacía saltar a los bisontes cerca de las Black Hills, contiene restos parciales de diez mil ejemplares, aun cuando solo se utilizaba una vez cada veinticinco años, aproximadamente. En el territorio shoshone hay centenares de lugares semejantes, aunque más pequeños, que atestiguan una economía próspera y un modo de vida floreciente.⁶

Pero la prosperidad no se tradujo en estabilidad. A finales del siglo xvii, los shoshone se escindieron de repente en dos facciones y abandonaron las llanuras centrales. Atraída, tal vez, por la población más densa y numerosa de bisontes del norte del valle del Yellowstone, la gran mayoría emigró hacia las llanuras septentrionales, donde se vieron arrastrados a guerrear con los pies negros y los gros ventre, que avanzaban hacia el Sur, contra quienes seguían haciéndolo cuando, en la década de 1730, penetraron en las llanuras septentrionales los primeros comerciantes canadienses de pieles.⁷ Una facción reducida se dirigió hacia el sur y desapareció varios años de los registros arqueológicos. Reaparecieron a principios del siglo xviii en los documentos españoles con el nombre de comanches, uno de los múltiples grupos indígenas que vivían en torno a los territorios fronterizos de Nuevo México.

No está del todo claro por qué estos protocomanches se escindieron del grupo shoshone principal, abandonaron su lucrativa economía de caza de bisontes en las llanuras centrales y emigraron cientos de kilómetros hacia un territorio desconocido; pero tal vez tuvieran algo que ver las presiones ejercidas por otros grupos indígenas. A finales del siglo xvii, los apaches, que hasta entonces tuvieron una presencia menor en las llanuras centrales, empezaron a construir viviendas de adobe y a regar los campos de los valles fluviales de la región. Los apaches prosperaron en sus nuevas aldeas, que muy pronto salpicaron la totalidad de las praderas desde el río Dismal hasta el Republican, con lo que comprimieron los territorios shoshone desde el Sur y el Este y los obligaron a subsistir en un dominio cada vez menor. La invasión de los apaches pudo haber introducido también enfermedades europeas que devastaron a los shoshone, pues todavía no se habían visto expuestos a gérmenes letales procedentes del exterior. Las tradiciones comanche y shoshone sustentan esta hipótesis, pues afirman que los primeros se separaron de sus parientes tras una disputa relacionada con la caza y una epidemia de viruela.⁸

Este esbozo presenta a los comanches como unos exiliados que huían de la escalada de violencia que se adueñaba de sus tierras; pero hay otra posible motivación para haberse separado de sus parientes shoshone: el éxodo hacia el Sur pudo haber sido una tentativa de acceder mejor a los caballos españoles que acababan de empezar a propagarse en gran número hacia el Norte desde el Nuevo México español. La revuelta de los indios pueblo en Nuevo México en 1680 y la consiguiente expulsión de la colonia de los conquistadores españoles había dejado infinidad de caballos a esta tribu, que se embarcó en un animado comercio equino con los indios vecinos de las praderas y montañas. Abastecido por los indios pueblo, el antiguo corredor comercial de las Rocosas llevaba hacia el Norte caballos, que los shoshone adquirieron en torno a 1690. Estimulados por la mejora repentina de su capacidad para desplazarse, cazar y guerrear, algunas bandas shoshone invadieron las llanuras septentrionales, donde abundaban los bisontes; los otros, los antepasados de los comanches, remontaron el caudal de afluencia de caballos hasta la fuente originaria de Nuevo México. Esta hipótesis también está respaldada por

los shoshone, que recordaban que los comanches «los abandonaron y partieron hacia el Sur en busca de caza y caballos».⁹

Una vez en camino, los protocomanches seguramente siguieron la cordillera frontal de las Rocosas (Front Range) hacia el Sur, dejando más al Este las aldeas apaches de las llanuras abiertas. Pero, al tiempo que evitaban enfrentamientos con los apaches, la ruta les llevaba al territorio de los poderosos ute, que se extendían desde la cordillera Sawatch, por el Oeste, hasta la frontal, por el Este. Quizá el encuentro se produjera en los últimos años del siglo, pero sin duda marcó el comienzo de una relación que transformaría profundamente a ambos grupos. La única pista sobre lo que realmente sucedió es una única palabra, *kumantsi*, el nombre que los ute dieron a los recién llegados. Según la interpretación convencional, el término significa «los enemigos» o «los que quieren luchar contra mí todo el tiempo», lo que hace pensar que el primer contacto fue violento. Sin embargo, según una interpretación más reciente, el término alude a un encuentro de otra naturaleza: más que a un choque entre dos pueblos extraños con impulsos muy violentos, alude a una reunión de dos pueblos hablantes de una lengua del grupo numic, que seguramente provenían del mismo núcleo territorial de Sierra Nevada, habían tomado rutas distintas durante una desordenada expansión común y, ahora, pese a los siglos de separación, encontraban un lazo de unión en las persistentes generalidades culturales y lingüísticas.¹⁰

Basándose en esos rasgos comunes, los comanches y los ute formaron en los primeros años del siglo XVIII una alianza política y militar duradera, que no dejó de ser parte esencial del sustrato de poder de los comanches hasta mediados del siglo XVIII. Amalgamados por los matrimonios entre tribus y los lazos de parentesco, la alianza reportó ventajas estratégicas contundentes a ambos. Los ute estaban enzarzados en una guerra intermitente contra los navajos por los privilegios comerciales y de saqueo en el norte de Nuevo México, y ansiaban obtener ayuda militar de los comanches para contenerlos en el Oeste y mantenerlos lejos de Nuevo México, pues eran superiores en número. También necesitaban ayuda militar comanche en los conflictos con los indios pueblo de Tewa, Tano, Jémez, Picurí y Keres, que se habían apoderado de armas, escudos y caballos durante la revuelta contra los españoles y habían entrado en territorio ute

para cazar venados, alces y bisontes. A cambio, los ute compartían con los comanches su territorio, sus caballos y sus conocimientos sobre las complejidades de los territorios fronterizos españoles.¹¹

Cuando la unión se consolidó, los comanches pusieron rumbo al Oeste y atravesaron la cordillera frontal de las Rocosas para entrar en territorio ute.¹² Allí, al este de la meseta de Colorado, iniciaron un periodo de transformación espectacular y, en pocos años, se reinventaron a sí mismos desde el punto de vista tecnológico, económico, militar y social. Viviendo y aprendiendo de sus aliados ute, se adaptaron a su nuevo hogar, un mosaico que se extendía desde las laderas de transición entre las Grandes Llanuras y las Rocosas, y atravesaba las cordilleras frondosas Sangre de Cristo y Jémez, todo lo cual incluía terrazas alpinas cubiertas de nieve, valles profundos tallados por glaciares, bosques de abetos y falsos abetos, enebros y pinos y praderas semiáridas y monte bajo.

Aquel entorno tan variado sustentaba una economía igualmente diversa. Los ute y los comanches pasaban el otoño, el invierno y las primeras semanas de la primavera en grupos reducidos dedicados a cazar berrendos, atrapar liebres orejadas y recoger bayas, nueces y raíces de perideridia. En primavera, las bandas se reunían en unidades mayores y se desplazaban hacia el Este, hasta la cabecera del valle del río Arkansas, donde cazaban bisontes y llevaban una vida nómada en los tipis. El verano era la principal estación para la guerra y los asaltos, cuando los escuadrones de ute y comanches penetraban en el país de los navajos y en el norte de Nuevo México. Los ute también introdujeron a los comanches en los mercados de Nuevo México y, muy pronto, los dos aliados visitaban regularmente Taos y San Juan, en cuyas ferias de otoño intercambiaban, en los periodos de tregua, vestidos, carne y esclavos navajos por maíz, caballos, cerámica y mantas de algodón. Si bien la mayoría de los ute y los comanches seguían esta pauta anual general, había variaciones significativas entre diferentes grupos. Seguramente fue aquí, en la Gran Cuenca, donde los comanches empezaron a diferenciarse en tres grandes subdivisiones, cuyos nombres aluden a fronteras económicas y alimenticias diversificadas: los yamparika (comedores de raíces o de perideridia o yampa), los kotsoteka (comedores de bisonte) y los jupe (pueblo de la madera).¹³